



AURORA MADALA

PATRIOTAS Y BASTARDOS

erein

PATRIOTAS Y BASTARDOS

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1ª edición: Mayo de 2026

Titulo original:

Patriots and bastards

Diseño de cubierta:

Iván Landa | Erein argitaletxea

Maquetación:

Asier Beltza | Erein argitaletxea

Fotografía de cubierta:

© Sabino Arana Fundazioa

© del texto: Aurora Madaula

© del prólogo: Iñaki Galdos Irazabal

© de la traducción: Erein argitaletxea

© EREIN. Donostia 2026

ISBN: 978-84-1093-101-5

D.L.: D 315-2026

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Ulzama

Calle Altzutzate, 51

31620 Huarte, Nafarroa

T 948 332 808

contacto@ulzama.com

www.ulzama.com



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

PATRIOTAS Y BASTARDOS

Aurora Madaula



ÍNDICE

Prólogo	7
El Congreso Mundial Vasco	19
1. La dura realidad del exilio. Legitimidad y <i>realpolitik</i>	21
2. Aproximación al Gobierno republicano español en el exilio	23
3. Declaración del Partido Nacionalista Vasco en 1949	33
4. La política internacional vasca antes de la Conferencia. El amigo americano	41
5. El fin del sueño americano	49
6. Los Pactos de Madrid y un giro de timón hacia Europa	57
7. París, 23 de septiembre –1 de octubre: Euskal Batzar Orokorra	63
Manuel Irujo en Múnich. Las cuatro conferencias del Movimiento Europeo (1962). El Contubernio de Múnich	109
1. Recuperándose de la pérdida. De Aguirre a Leizaola	111
2. La Declaración del PNV de 1960 y los vascos. Un nuevo lehendakari para una «nueva» Euskadi	115
3. El Movimiento Europeo y los vascos	125
4. La década de los 60: ¿Una nueva era de esperanza?	137
5. El Contubernio de Múnich	141
6. Irujo y el Congreso por la Libertad de la Cultura	163

No estamos solos: Manuel Irujo vs. Eli Gallastegi y ETA en la evolución del nacionalismo radical vasco.	
De la «terapia ecuménica» a los «patriotas y gamberros»	177
1. Patriotas y gamberros	179
2. De la Rebelión a la Revolución. «El amargo cubalibre del exilio»	183
3. Reconociéndonos. París, octubre de 1961	195
4. ¿Quiénes son los patriotas y quiénes los gamberros?	203
5. Correspondencia entre Manuel Irujo y Elías Gallastegi	211
6. Desarrollando <i>Patriotas y gamberros</i>	215
7. No estamos solos. Fundamento ideológico del nacionalismo vasco revolucionario: de Federico Krutwig a los hermanos Etxebarrieta	239
El Juicio de Burgos (1970). Proceso al franquismo	261
1. El despertar de la calle	263
2. ETA y la guerra revolucionaria	267
3. Un juicio contra el pueblo vasco	271
4. Organizando el juicio	277
5. El proceso contra el franquismo. El juicio desde el exilio	283
¿El fin de la «octava provincia»? Transición a la democracia. El fin del exilio y la evolución del nacionalismo vasco	315
1. Regreso del exilio	317
2. Cuarenta años de exilio os saludan	329
3. Iruña, 1977. La asamblea del PNV	333
Bibliografía	353
Notas	365

Prólogo

Iñaki Galdos Irazabal

No había concluido la guerra de 1936 cuando el PNV y el Gobierno vasco –a veces resulta muy complicado diferenciarlos– comenzaron ya a cimentar el exilio, prácticamente a partir de las cenizas de Gernika, tal y como Koldo San Sebastián tituló uno de sus libros sobre esta cuestión. Aquello duraría más, mucho más, de lo que pensaban entonces sus líderes, seguramente contagiados por el optimismo inquebrantable del lehendakari José Antonio Aguirre, muy necesario en situaciones de crisis, pero difícil de entender en ciertas ocasiones. Aquella organización eficaz generó desde su inicio suspicacias –y celos– del exilio republicano español, de sus sucesivos gobiernos. Tampoco los dirigentes de los partidos políticos de ámbito español con presencia en el Gobierno vasco veían con excesivo agrado el quehacer de sus representantes, por lo general mucho más leales a Aguirre que a las propias siglas.

Existe un amplio consenso a la hora de admitir que la labor de cerca de cuatro décadas fue más eficaz y cohesionada que la de los otros exilios, incluido el catalán, lo cual no significa que no estuviera exenta de importantes crisis y vaivenes. La influencia del nacionalismo vasco se observa, por ejemplo, en la entrada de Manuel Irujo en el Gobierno español del exilio, o en las ofertas que recibió el propio Aguirre para presidir aquel Gobierno republicano. Un Aguirre que en ocasiones era, *de facto*, el líder de todo el destierro, no solo del vasco. También actuaron frecuentemente como conciliadores ante las incesantes luchas internas entre los republicanos españoles. Resulta muy ilustrativa en ese sentido una frase escrita por Aguirre a su entonces vicepresidente Jesús María Leizaola ante una de aquellas batallas cainitas: «Quizás nos toque poner orden en el desconcierto». Ciertamente, tanto Aguirre como Irujo encandilaban a gran parte de aquel caótico exilio español.

La colaboración con el exilio republicano resultó, sin embargo, uno de los grandes asuntos de disputa en el seno del PNV de aquella época, amén de constante motivo de balanceos y redefiniciones. Esta es una de las cuestiones donde mejor se observa su «péndulo patriótico», acertada y exitosa metáfora acuñada por los historiadores Santiago de Pablo, Ludger Mees y José Antonio Rodríguez Ranz. Péndulo, por cierto, que no solo atribuyen al partido, sino también a muchos de sus dirigentes. Por ejemplo, a un Manuel Irujo que, como él mismo reconoció en un informe de 1946, una vez dentro de él, había cambiado radicalmente de opinión sobre la participación del partido –y la suya propia– en el Gobierno español.

Obviamente, aquel exilio tuvo varias fases bien diferenciadas. Con matices, los historiadores coinciden al señalar tres etapas. La primera de ellas abarca desde los últimos coletazos de la guerra de 1936 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, aunque tal vez sería más adecuado prolongarla un poco más, hasta la definitiva pérdida de toda esperanza de que el dictador Franco cayera. Se trataba en un primer momento de atender las necesidades urgentes de miles de personas e ir organizando paralelamente una estructura política eficaz. La desaparición durante largos meses de José Antonio Aguirre, su odisea y la incógnita sobre su paradero supusieron, sin embargo, un obstáculo importante en ese empeño y trajo consigo una serie de desavenencias en torno a algunas iniciativas como la creación en Londres, por parte de Irujo y otros dirigentes, del Consejo Nacional de Euzkadi. La reaparición del lehendakari y su incuestionable liderazgo supusieron el final de la zozobra y el resurgimiento de la esperanza. Su exitosa gira americana así lo atestigua.

En aquella primera fase, ya en plena guerra mundial, adquirieron un protagonismo especial los servicios de información que, desde el exilio vasco, se articularon para colaborar con las agencias de inteligencia estadounidenses (primero la OSS, luego la CIA), y también con los británicos: cuestión esta que fue entonces objeto de refriegas internas y aún ahora emerge de vez en cuando como polémica, tal y como sucedió, por ejemplo, con el libro que en 2011 escribieron los sobrinos de Pepe Mitxelena. Guiados una vez más por el optimismo del lehendakari Aguirre, tanto el gobierno como el partido –también en esta cuestión resulta difícil distinguirlos– supusieron que tal colaboración sería recompensada por los aliados tras la caída de Hitler y posibilitaría a su vez el derrocamiento de Franco. Cierto es que la contribución vasca, que se extendió a muchos países, fue eficaz y bien valorada por Washington, pero la esperanza se fue desvaneciendo poco a poco.

Es por lo tanto al final de la Segunda Guerra Mundial cuando los historiadores sitúan el final de esta primera etapa, aunque no es menos cierto que el abatimiento fue paulatino y duró algunos años más, hasta que llegó la desolación total. La tímida condena inicial de la ONU a la dictadura franquista en 1946 y la progresiva ruptura del aislamiento de esta durante los años posteriores trajeron consigo necesariamente un cambio de paradigma en el quehacer del exilio del nacionalismo vasco. La pérdida de la sede en el número 11 de la Avenue Marceau de París en 1951 fue otro de los grandes golpes. Dos nuevas realidades, la guerra fría y el anticomunismo, habían terminado por blindar a Franco y apagar toda ilusión.

A partir de ahí comienza una nueva época muy centrada ya en Europa, en el «tranvía Europa», metáfora utilizada por los tres autores de *El Péndulo Patriótico* arriba citados, o en la «estación Europa», siguiendo la adaptación de Leyre Arrieta, investigadora de la trayectoria europeísta del PNV. Como es sabido, el partido ya había dado muestras de su europeísmo durante las primeras décadas del siglo. Así lo atestiguan tanto la documentación interna como muchos artículos en la prensa de la época; y también su presencia, a partir de 1916, en algunos congresos de las nacionalidades europeas. El hito más conocido, sin embargo, había sido el segundo Aberri Eguna celebrado en Donostia en 1933 con el lema «Euzkadi-Europa».

El hecho de que los *jelkides* fueran fundadores en 1947 de los Nuevos Equipos Internacionales (NEI) demuestra que su red de relaciones y su capacidad de influencia estaban bien engrasadas. Tal vez mejor que nunca, aunque, paradójicamente, a tal circunstancia no la acompañó ningún éxito palpable para la causa propia. Si bien con antecedentes en años anteriores –por ejemplo en Londres en 1941 con protagonismo de Alberto Onaindia– los NEI se pueden considerar el primer gran organismo donde se agrupaban partidos y personalidades de pensamiento demócrata cristiano. Javier Landaburu fue uno de los representantes vascos con mayor presencia, junto a José Antonio Aguirre, Manuel Irujo y otros.

El pensamiento político del navarro encajaba perfectamente en aquel entorno. Seguidor desde años atrás de Jacques Maritain y François Mauriac, entre otros, denigraba el catolicismo de cruzada y abogaba, siguiendo a los citados, por una nueva cristiandad más humanista. La dimensión cristiana de Irujo ha sido notablemente analizada por Patxi Agirre, quien aclara que, para aquel, la democracia cristiana era importante en cuanto a pensamiento, no tanto en cuanto a organización política.

Junto a todo ello, el federalismo europeo fue durante aquellos años la otra vertiente de la actividad del nacionalismo vasco en la etapa del exilio,

bien por medio del partido, bien a través del gobierno. El nacimiento de organizaciones como el Movimiento Federalista Vasco (1946) o, en 1951, el Consejo Vasco por la Federación Europea (CVFE, luego CVME) atestiguan tal empeño, como también lo atestiguan la gran cantidad de entidades e iniciativas en las que participaron.

El fallecimiento del lehendakari Aguirre en 1960 supuso el inicio de una nueva etapa, la última, que duraría hasta la transición española. Una desaparición que trajo consigo grandes dosis de incertidumbre, máxime si se tiene en cuenta que es prácticamente simultánea a la aparición de un nuevo fenómeno que sacudió el escenario de manera espectacular: el nacimiento de ETA. Es en esta fase del exilio nacionalista vasco cuando Aurora Madaula sitúa su apasionante exposición, pero retrocediendo con gran acierto cuatro años, hasta la celebración del Primer Congreso Mundial Vasco de 1956 de París. Y coloca a Manuel Irujo en el centro del relato, como hilo conductor, valiéndose en gran medida de lo que José Félix Azurmendi describió como irrefrenable necesidad de escribir del político navarro (y de otros dirigentes). Aún más, el periodista vizcaíno tira del humor diciendo que, al parecer, los vuelos en aviones le provocaban incontinencia escritural (*sic*). Culmina Madaula su investigación en la histórica Asamblea Nacional del PNV de Iruña en 1977, momento en el que se demostró que, a pesar de la zozobra en la que el partido vivió la aparición y la consolidación de un nuevo movimiento vasco que le llevó en parte a perder la hegemonía, seguían manteniendo una gran fortaleza organizativa, social, política y electoral, que muchos auguraban muy mermada.

El Congreso Mundial Vasco supuso una suerte de arranque en la nueva realidad. Anunciado por el lehendakari Aguirre en su mensaje de *Gabon* de 1954 para el año siguiente, al final se celebró en 1956, lo cual resultó acertado, ya que se cumplían veinte años desde la constitución del primer Gobierno vasco en Gernika y la aprobación del Estatuto de Autonomía. Aunque lo fuera por invitación, tuvo una amplia participación, también de gente llegada del interior. Precisamente fue la reivindicación de la legitimidad del Gobierno vasco —así como la del Estatuto— uno de los pilares más importantes del encuentro. Fue esta una persistencia histórica del nacionalismo vasco en el exilio durante las cuatro décadas, hasta la llegada de la transición, momento en el que escenificó el traspaso de poderes en manos del lehendakari Jesús María Leizaola.

La inquietud era lógica, ya que existieron insistentes intentos por negar la citada legitimidad, así como propuestas para disolverlo. El socialista Indalecio Prieto fue uno de los que mantuvieron constantemente tal posición

—de hecho, no acudió al Congreso Mundial Vasco por negar que el Gobierno vasco estuviera legitimado para convocarlo—. Aunque por motivos diametralmente opuestos, las dudas sobre la pertinencia de mantener con vida a la institución alcanzaron incluso a sectores del PNV, tanto del interior como de Latinoamérica. ETA también compartió en ocasiones tal postura; aunque, paradójicamente, hubo un momento en el que se barajó su incorporación a la institución.

Por lo demás, tal como comprobará el lector, Aurora Madaula ofrece una crónica documentada del encuentro, cuestión que se agradece, ya que no es este el capítulo del exilio vasco en el que más se han centrado los investigadores. La preocupación sobre el distanciamiento de las nuevas generaciones en torno a la causa nacional, otro de los pilares de la parte política del Congreso, la recogió casi simultáneamente Javier Landaburu en su libro *La causa del Pueblo Vasco*.

La resaca de la muerte de José Antonio Aguirre en 1960 nos sitúa en un nuevo tiempo. El mal llamado Contubernio de Múnich nos sitúa en junio de 1962 con una representación vasca en la que se observa que las nuevas generaciones que discrepan con el *jelkidismo* histórico no solo provienen de ETA. También existen movimientos en ELA, en los que los jóvenes del interior tomarán luego su propia vía. La importancia del encuentro celebrado en el marco del IV Congreso del Movimiento Europeo posiblemente haya sido excesivamente magnificada, pero testimonios como el de Kepa Anabitarte, Eladio, o el de Eugenio Arzubialde parecen situarse en el otro extremo, esto es, en el de la excesiva desestimación.

Es precisamente aquel año, 1962, cuando se explicita el primer gran choque entre el etismo, terminología utilizada con frecuencia en aquella época, y Manuel Irujo, representando al exilio *jelkide*, aunque, como bien explica la autora de este libro, no todos sus correligionarios comparten su crítica en todo momento. Ni siquiera nuestro propio protagonista parece pensar siempre lo mismo sobre el nuevo fenómeno durante aquellos años, aunque rechazando siempre el uso de la violencia. Otra vez el péndulo.

El punto de partida fue un artículo en mayo de 1962 en la revista *Al-derdi*, en el que el navarro arremetió contra la actitud que algunos de los representantes de la nueva hornada habían mantenido meses atrás en París en unas conferencias organizadas tanto por el partido como por el gobierno. El título del artículo, «Patriotas y gamberros», al que hace referencia la cabecera de este libro (traducción literal de la versión original, «Patriots and Bastards»), representa muy bien el enojo de Irujo; tanto, que hasta le costó su amistad con Elías Gallastegi, Gudari, cuyo hijo Iker era uno de los criticados.

Aunque había habido otro antecedente con el artículo titulado «Juventud pesimista y violencia inútil», es a partir de ese momento cuando comienza a escenificarse una tortuosa relación entre dos mundos, que Madaula describe con brillantez. Una relación caracterizada por un continuo balanceo, ya que a las trifulcas y las duras polémicas acompañaban frecuentemente ayudas logísticas y económicas, así como otras muestras de solidaridad. Fueron años en los que, amén de ver roto su monopolio y parte de su hegemonía, el nacionalismo histórico vio que también en sus propias filas se abrían grietas por la cuestión; algunas serían definitivas, otras no. En algunos momentos hubo hasta extrañas pinzas entre la nueva organización y parte del viejo exilio, no precisamente progresista, pero sí exasperada con la oficialidad *jelkide*.

Es una pregunta recurrente qué habría sucedido con todo aquello si el lehendakari Aguirre no hubiera fallecido a edad tan temprana (aunque en otro nivel, parecida pregunta cabe hacerse an torno a Javier Landaburu). Obviamente, no hay respuesta, pero lo que sí parece evidente es que Manuel Irujo tuvo que –y supo– capear con aquel temporal de manera eficaz hasta la llegada de la asamblea de 1977, después del regreso de un exilio del que no parecía tener muchas ganas de volver. Su heterodoxia, no siempre bien vista por todos, su carácter abierto y su capacidad para mimar las relaciones personales fueron, entre otras, armas eficaces que le hicieron ganarse el respeto de todos. Aurora Madaula nos lo cuenta en esta notable aportación a nuestra historia.

PATRIOTAS Y BASTARDOS

Aurora Madaula

Supongamos que el exilio es una calamidad, como proclama la multitud en sus discursos y canciones. De la misma manera, muchos alimentos son amargos y picantes, e irritan el gusto; pero al combinarlos con ciertos ingredientes dulces y sabrosos, eliminamos el sabor desagradable. Hay colores que son lacerantes a la vista, cuando nos enfrentamos a ellos, nuestra visión se nubla y deslumbra por su crudeza e intensidad constante. Ahora bien, si hemos descubierto que podemos remediar este inconveniente mezclando sombras con ellos o desviando la mirada y fijándola en algo de un tono verdoso y agradable, lo mismo puede hacerse con las desgracias: pueden combinarse con lo que sea útil y reconfortante en nuestras circunstancias actuales: riqueza, amigos, libertad política y la carencia de todas las necesidades de la vida.

Plutarco, (46 o 50 d.C. – 120 d.C.) 96 d.C.

El exilio es un plebiscito permanente por medio del cual, los hombres y mujeres que viven en el destierro se manifiestan contra el régimen imperante de su país.

Manuel Irujo Ollo, 1959

Los afiliados de París, que llevamos gran parte de nuestra vida en el exterior, nos hemos formado una imagen idealizada de Euzkadi ya que ha sido contrastada con el acontecer cotidiano de los países más adelantados. Se trata pues de una aportación modesta, pero no exenta de interés, al tratar de encontrar el futuro del pueblo vasco.

Asamblea Extraterritorial París, 1977

El exilio es actitud frente a un régimen impuesto por la violencia que no reconoce la libertad vasca ni los derechos humanos: alguien debe mantener esa actitud mientras hechos tangibles y reales no la hagan cambiar.

Manuel Irujo Ollo, 1977

LISTA DE ABREVIATURAS

En la redacción de este libro se ha decidido utilizar las siglas en el idioma original.

En la redacción de este libro se han utilizado los siguientes acrónimos.

- AFL American Federation of Labour
- ANV Acción Nacionalista Vasca
- BACBE Basque Archive Center for Basque Studies
- CFEME Consejo Federal Español del Movimiento Europeo
- CIA Central Intelligence Agency
- CISC Confédération Internationale des Syndicats Chrétiens
(Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos)
- CVFE Consejo Vasco por la Federación Europea
- CLC Congreso por la Libertad de la Cultura
- CNT Confederación Nacional del Trabajo
- DC Democracia Cristiana
- EAJ-PNV Eusko Alderi Jeltzalea-Partido Nacionalista Vasco
- EBB Euzkadi Buru Batzar
- EG Euzko Gaztedi Indarra
- EI Eusko-Ikaskuntza
- EEC Economic European Community
- ELA-STV Eusko Langileen Alkartasuna-Solidaridad de los
Trabajadores Vascos
- ERC Esquerra Republicana de Catalunya
- ETA Euskadi ta Askatasuna

FEVA-EABA	Federación de Entidades Vasco Argentinas-Eusko Argentinaz Bazkun Alkartasuna
FET y de las JONS	Falange Española Tradicionalista y de las Juventudes Orgánicas Nacional Socialistas
FBI	Federal Bureau of Investigation
FLN	Frente de Liberación Nacional (Argelia)
Haganá	Defensa, en hebreo
IR	Izquierda Republicana
Irgún	Organización Militar Nacional en la Tierra de Israel
JEL	Jaun-goikoa eta Lege-zarra
LIAB	Ligue International des Amis des Basques
MLNV	Movimiento de Liberación Nacional Vasco
MNC	Mouvement National Congolais
MPAIAC	Movimiento por la Autodeterminación e Independencia del Archipiélago Canario
MSEUE	Movimiento Socialista por los Estados Unidos de Europa
NARA	National Archives and Records Administration
NEI	Nouvelles Équipes Internationales
ONU	Organización de Naciones Unidas
OPE	Oficina de Prensa de Euskadi
OSS	Office of Strategic Services
PCE	Partido Comunista de España
PCUS	Partido Comunista de la Unión Soviética
PDP	Parti Democrate Populaire
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
PSUC	Partit Socialista Unificat de Catalunya
TOP	Tribunal de Orden Público
UAW	United Automobile Workers
UFD	Unión de Fuerzas Democráticas
UGT	Unión General de Trabajadores
UNESCO	United Nations Educational, Scientific and Cultural
UR	Unión Republicana
UE	Unión Española

El Congreso Mundial Vasco

La dura realidad del exilio. Legitimidad y *realpolitik*

Tras casi dos décadas de exilio, la idea de regresar al País Vasco, integrado en una España democrática, seguía viva entre los exiliados: «Este será el último manifiesto de *Gabon y Urtebarri* (Navidad y Año Nuevo) que os dirijo desde América. Quiera *Jaungoikoa* (Dios) que el próximo sea desde allá, donde reposan nuestros muertos esperando la hora de la justicia y de la libertad»¹. El *lehendakari* Aguirre se mostraba confiado y decidido a cambiar la situación del exilio vasco, así como el del español.

Los exiliados vascos se habían convertido en expertos en el arte de observar la España franquista y las formas en que el régimen estaba afectando a lo que la República española y el Estatuto de Autonomía habían construido en el País Vasco. El exilio les proporcionó una visión privilegiada de los asuntos políticos del régimen franquista y, lo que era aún más importante, de las relaciones políticas internacionales establecidas; pero, simultáneamente, también les brindó la oportunidad de establecer sus propios vínculos. El «privilegio» de estar lejos de la dictadura se confundía con la pena que sentían quienes permanecían en el País Vasco. El exilio se convirtió en un arma de doble filo, de ánimo y de malestar².

Sin embargo, la dura realidad del exilio, lejos del hogar y de su patria, no fue un impedimento para que el Gobierno vasco desplegara una política internacional centrada, especialmente, en tender puentes con las fuerzas democráticas y fortalecer los lazos de colaboración y cooperación con los aliados, que pudieran ayudar a los vascos en sus esfuerzos por derrotar al franquismo.

Por otro lado, los puentes y vínculos establecidos por el Gobierno vasco configuraron la orientación de su política internacional, pero también

retrataron la naturaleza de la nación que estaban forjando desde el exilio: imaginando una comunidad, soñando la nación, olvidándose de los límites políticos que los habían expulsado al exilio y que no reconocían a la nación vasca. La concepción geográfica, las fronteras geopolíticas que la delimitan, son el resultado de un proceso secundario que ocurre tras la identificación del colectivo como nación. Así, la construcción del imaginario simbólico del nacionalismo, el establecimiento de los límites geográficos, ocurre después de que un grupo de personas se reconoce como nación y, por lo tanto, los límites pueden variar y carecen de importancia ³.

Dado que el Gobierno vasco estaba liderado por un partido político nacionalista, la existencia de la nación no se cuestionaba, aunque sí algunas de sus políticas, como veremos en este capítulo.

El Gobierno vasco en el exilio luchaba por sobrevivir y ser reconocido, una tarea nada fácil, ya que el Estatuto de Autonomía vasco de 1936 comenzaba a desdibujarse en la memoria de los demócratas españoles en el exilio, especialmente dentro del Gobierno republicano español, cuya memoria política se desmoronaba junto con su propia existencia ⁴.

La importancia de este reconocimiento no era solo un problema del Gobierno vasco, sino también del Gobierno republicano español. La legitimidad de las elecciones democráticas ya no era algo que considerar en un mundo dividido en dos frentes diferentes por la Guerra Fría, donde democracia o legitimidad eran palabras relegadas a un segundo plano en las relaciones políticas internacionales, en favor de otras como capitalismo o comunismo.

Aproximación al Gobierno republicano español en el exilio

El Gobierno vasco lanzó una campaña de acercamiento a los demócratas españoles en el exilio para aunar fuerzas y ser vistos como una oposición a Franco bien estructurada, como anunció el lehendakari Aguirre ⁵ en su mensaje navideño de 1945. La Segunda Guerra Mundial había terminado y era hora de que los aliados lo recordasen, teniendo en cuenta, además, que hacía poco que se había anunciado una reunión entre Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña para determinar la postura que adoptaría respecto al régimen franquista. En ese contexto, el 31 de marzo de 1945, las organizaciones políticas y sindicales vascas firman el Pacto de Bayona ⁶, un acuerdo de reafirmación de la unidad de las fuerzas vascas y de apoyo al Gobierno de Euskadi. El lehendakari Aguirre se sintió fuerte y reforzado tras el gesto de confianza que supuso el acuerdo, lo que, unido a la certidumbre que le inspiraban sus contactos en la administración estadounidense, hizo que liderara los esfuerzos para unirse a las fuerzas democráticas españolas, a pesar de que esa estrategia generase algunos desacuerdos dentro del PNV.

La estrategia se entendió como una aceptación de la República española y su legalidad, lo que, a pesar de incorporar el Estatuto de Autonomía, implicaba el abandono del anhelo de independencia del País Vasco ⁷.

La participación en el Gobierno español generó siempre mucha controversia dentro del Gobierno vasco y del PNV, especialmente entre los miembros de Euzkadi Buru Batzar. Incluso Manuel Irujo, uno de los nacionalistas vascos que se había involucrado en los Gobiernos españoles en varias ocasiones, mostró dudas sobre la participación, aunque su lealtad al lehendakari Aguirre y al Gobierno vasco lo empujó a hacerlo:

«Fui opuesto a nuestra participación directa con responsabilidad política en el Gobierno de la república, marcando mi oposición con excesiva violencia, explicable solo por singulares y penosas condiciones de todo orden –no solo políticas, sino personales– que en mí recaían a la sazón. Hoy creo que no estaba acertado en mi discurso. Acepté el puesto que me fue designado y lo mantuve con todo el tesón del que soy capaz, mientras creí que, con mi presencia en el Gobierno, podía servir a la causa que allí me había llevado» ⁸.

A pesar de la controversia y la diferencia de opiniones sobre la participación en las instituciones españolas, era evidente que Manuel Irujo y el lehendakari Aguirre tenían en su agenda un plan más amplio, que incluía la participación en los organismos republicanos españoles. Sin embargo, esta participación en el Gobierno español debía ser en nombre del pueblo vasco y de su Gobierno:

«Para que no existieran equívocos sobre este particular recordé entonces los acuerdos de Nueva York por los cuales el Gobierno rogaba a cuantos ostentaran cargos extra-vascos a ponerse al servicio del Gobierno de Euzkadi, como será desde el primer momento la actitud de Irujo –les dije– en cuyo caso al dar sus instrucciones el Gobierno vasco y obrar de acuerdo con él el titular, representará al pueblo vasco en su conjunto en todo aquello que no sea interés particular de su organización política» ⁹.

La participación en el Gobierno español formaba parte de un plan más extenso. El exilio proporcionó una visión más amplia de la política mundial y de la importancia de estar presente en ella al lehendakari Aguirre. El nacionalismo vasco no había nacido con vocación de ser local, sino con fines más universales. Las políticas desarrolladas con los republicanos españoles y los esfuerzos para el acuerdo de Galeuzca ¹⁰ no obstaculizaban los contactos internacionales con estadounidenses, británicos o franceses, lo que puso de relieve el carácter europeo del Gobierno vasco que, posteriormente, desarrollaría en toda su amplitud ¹¹.

La agenda estaba clara y, en ese momento, Aguirre era el líder político idóneo para llevarla a cabo. El lehendakari se sentía seguro y depositaba su confianza en la ayuda internacional contra el Gobierno español, especialmente la estadounidense, la fuerza aliada en la que más confiaba el Gobierno vasco, debido a sus relaciones bilaterales y vínculos en ese sentido, como lo

demuestran los escritos de Antón Irala ¹², y basándose también en las percepciones estadounidenses sobre el régimen franquista ¹³.

Quizás fueron los esfuerzos que hizo y las grandes esperanzas depositadas en la política internacional y en los aliados lo que confundió al lehendakari Aguirre, quien anunció el inicio de conversaciones con Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos para evaluar la situación española, «tal vez con exagerado optimismo», como afirma José Félix Azurmendi ¹⁴ con relación al estado de ánimo del presidente vasco. De hecho, no solo Aguirre, sino todos los republicanos españoles en el exilio confiaban en la recién creada Organización de las Naciones Unidas para intervenir en la situación española y observaban con esperanza la evolución del organismo internacional. Si bien Naciones Unidas condenó el franquismo y el Gobierno español fue excluido de la mesa de negociaciones en la ONU, la Nota Tripartita firmada el 4 de marzo de 1946 por Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia extinguió toda esperanza de una intervención internacional contra la dictadura:

**«The government of France, the UK and the USA have exchanged views with regard to the present Spanish government and their relations with that regime. It is agreed that so long as General Franco continues in control of Spain, the Spanish people cannot anticipate full cordial relations with those nations of the world, which have by common effort brought defeat to German Nazism and Italian fascism. There is no intention of interfering in the internal affairs of Spain. The Spanish people themselves must in the long run work their own destiny. The three governments are hopeful that the Spanish people will not again be subjected to the horrors and bitterness of civil strife. They hope that Spaniards will soon find the means to bring about a peaceful withdrawal of Franco»* ¹⁵.

La ONU no aceptaba la naturaleza del régimen español; Francia cerraba fronteras y retiraba embajadores, pero la observación y todas las demás

* «Los Gobiernos de Francia, Reino Unido y Estados Unidos han intercambiado opiniones sobre el actual Gobierno español y sus relaciones con dicho régimen. Coinciden en que, mientras el general Franco siga al mando de España, el pueblo español no puede esperar mantener relaciones cordiales plenas con las naciones del mundo que, mediante un esfuerzo común, han derrotado al nazismo alemán y al fascismo italiano. No existe intención de interferir en los asuntos internos de España. El pueblo español debe, a la larga, forjar su propio destino. Los tres Gobiernos esperan que el pueblo español no vuelva a verse sometido a los horrores y a la amargura de la guerra civil. Esperan que los españoles encuentren pronto los medios para lograr una retirada pacífica de Franco».

declaraciones emitidas por la ONU en 1946 ¹⁶ con respecto a España no dejaban lugar a dudas sobre la decisión de no intervención. No obstante, los republicanos españoles en el exilio, quizá contagiados por el impulso y optimismo de Aguirre, interpretaron el comentario y las declaraciones de la ONU como un avance diplomático en el restablecimiento de un Gobierno democrático en España. Aunque la decisión de no intervención fue decepcionante, la respuesta desde París fue el *Manifiesto a los españoles* ¹⁷, firmado por el lehendakari Aguirre, el presidente español en el exilio José Giral y el presidente catalán Josep Irla, en el que manifestaban su determinación de devolver la democracia republicana a España ¹⁸.

La inmediata respuesta incluyó la participación de los nacionalistas vascos en el Gobierno de España. Manuel Irujo, importante asesor del equipo de Aguirre y un nacionalista vasco muy conocido por los políticos españoles, fue elegido ministro de Justicia del Gobierno republicano español en el exilio, cargo que ocupó de febrero a agosto de 1947 ¹⁹, formando parte del Gobierno del presidente Llopis ²⁰. A pesar de los esfuerzos por arreglar el manicomio en que se había convertido el Gobierno republicano en el exilio, e incluso a la oferta de ciertos políticos españoles a Aguirre para convertirse en presidente del Gobierno español ²¹, el Gobierno vasco se negó a unirse al ejecutivo, y desde 1947 no volvió a formar parte de él.

Sin embargo, durante este último y breve periodo en el que el Gobierno vasco formó parte del Gobierno republicano español, el presidente Aguirre fue la *alma máter* de las actividades vinculadas a las relaciones internacionales y su optimismo natural, sumado al cabildeo en Naciones Unidas, así como a la delegación vasca en Nueva York, otorgaría al «caso español» la relevancia que necesitaba. Como afirma Ludger Mees: «Aguirre lo abarcaba todo. Fue él, quien, más o menos a la sombra, mandaba en la política del exilio español». Tanto Aguirre como Irujo deslumbraron a los políticos españoles, especialmente al presidente de la república, Diego Martínez Barrio, quien, en varias ocasiones, ofreció al lehendakari Aguirre la presidencia del Gobierno español, sin éxito ²².

Una participación que, de hecho, era una estrategia que buscaba llevar el «caso español» a la arena internacional y, a pesar de las sospechas que pudieran surgir entre los nacionalistas vascos, el presidente Aguirre destacó que su colaboración era por una causa mayor:

«Nuestra lucha no se ha circunscrito al área vasca. Ayudamos, y seguimos ayudando, a la democracia española en sus legítimos afanes de liberación. Contribuimos en su día a restablecer el orden dentro

del campo republicano, restaurando el normal funcionamiento de las instituciones de la República y asegurando, con la restauración del Gobierno republicano, las ventajas de una representación coordinada que llegó a ser reconocida por varios países y recibida por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas»²³.

El pragmatismo, el «pactismo» y el gradualismo que a menudo se atribuyen a la política de Aguirre²⁴ tenían un objetivo mayor, que comenzó con el reconocimiento del Gobierno republicano español por parte de las instituciones internacionales y, a través de él, el reconocimiento automático de los organismos y los derechos vascos. Durante este último Gobierno, cuando los vascos estaban directamente comprometidos con los partidos españoles, el reconocimiento internacional y la posibilidad de derrotar al régimen de Franco llegaría necesariamente bajo la jefatura de un Gobierno republicano español fuerte, enfatizando el significado de la acepción «republicano», ya que en 1946 Aguirre estaba seguro de que la democracia no podía defenderse codo con codo con los monárquicos²⁵: «¿Te imaginas uniéndonos con los monárquicos? Ya basta de bromas, ¿no te parece?»²⁶.

Las circunstancias del exilio y la Guerra Fría exigían un enfoque político más amplio, y Aguirre volvió a emplear su pragmatismo y diplomacia para involucrarse en todo tipo de alianzas posibles con el fin de derrotar a la dictadura franquista. Se propagaron rumores sobre la posibilidad de un Gobierno español alternativo, surgido de los monárquicos, con el respaldo de los británicos y los estadounidenses. José Ignacio de Lizaso, delegado vasco en Londres, envió una carta a Manuel Irujo en febrero de 1947 para advertirle sobre los crecientes rumores de que la opción monárquica estaba ganando popularidad en Gran Bretaña. La radio pública británica, la BBC, había difundido una información del corresponsal de Reuters en París:

**«Señor Martínez Barrio, president of the Spanish Shadow Republican government in exile, told me today that Spanish exile leaders were increasingly convinced that there was no chance of overthrowing the Franco regime without the “active cooperation of the still influential monarchists in Spain”». El presidente Barrio añadió: «The exile leaders are also strongly of the view that the anti-Franco movement must lean heavily on Britain and the United States if it is ever to become effective».*

* «El señor Martínez Barrio, presidente del Gobierno republicano español en el exilio, me ha comentado hoy que los líderes del exilio español estaban cada vez más convencidos de que no había [...]»

Todo esto lleva a considerar favorablemente la restauración de una monarquía constitucional ²⁷.

Por supuesto, fue impactante que Martínez Barrio, presidente de la República española en el exilio, hiciera tales declaraciones a favor de la monarquía, pero lo que motivó el escrito de José Ignacio de Lizaso fue la verosimilitud que la BBC dio a la noticia.

En la carta, se podían inferir las dudas que el nacionalista vasco albergaba en Londres, ya que el Gobierno vasco había sido responsable de impulsar la reconstrucción del Gobierno republicano español en el exilio. Sin embargo, como se ha citado anteriormente, Aguirre buscaba algo más que la mera satisfacción del nacionalismo vasco. Considerando la implicación y respaldo internacional que tuvieron las noticias y rumores asociados a la estrategia monárquica, el presidente Aguirre no podía ignorar la propuesta.

En realidad, la alternativa monárquica estaba liderada por el socialista Indalecio Prieto ²⁸, quien mostró una fuerte oposición al Gobierno republicano y cuya popularidad aumentó al aprovechar la crisis republicana. El plan socialista-monárquico también incluía a miembros conservadores de la CEDA ²⁹, así como un fuerte grado de anticomunismo que fue muy del agrado de los estadounidenses y de los británicos ³⁰.

Aunque los nacionalistas vascos, Aguirre e Irujo en particular, habían sido leales a la república y se dedicaron a la reconstrucción de una oposición antifranquista digna, las voces en el seno del PNV a favor de la alternativa monárquica fueron aumentando, fundamentalmente las que provenían del siempre controvertido Telesforo Monzón, quien consideraba que la republicana era una vía equivocada y fracasada, aun cuando en ella figuraban personalidades tan destacadas como el vicepresidente Jesús María Leizaola o el ministro de Gobernación, José María Lasarte ³¹.

Telesforo Monzón resumió así los objetivos que debía perseguir el PNV:

«El Gobierno de la República y todo lo que gira a su alrededor ha terminado para mí. (...) Fortalecer nuestra causa y esperar debe ser por hoy nuestro programa. Hay que echar a Franco con otra mentalidad

[...]

posibilidad de derrocar el régimen de Franco sin la cooperación activa de los monárquicos, aún influyentes en España». El presidente Barrio (...) añadió: «Los líderes del exilio también creen firmemente que el movimiento antifranquista debe apoyarse fuertemente en Gran Bretaña y Estados Unidos para que alguna vez sea efectivo».

y actuación. Debemos desvincularnos de todo lo que suene a corneta republicana. (...) Si se trata de echar a Franco, hoy solo hay una postura seria. Apoyar la monarquía. (...) Mi programa no es la monarquía, pero si hay que echarle (*sic*) a Franco no hay otro camino, y para mí el socialismo está con la monarquía (...)»³².

Atrapados en medio de la crisis de las instituciones españolas en el exilio, el PNV y el Gobierno vasco se dividieron entre las decadentes fuerzas republicanas que habían aprobado el Estatuto de Autonomía vasco y los, cada vez más, socialistas-monárquicos, católicos y anticomunistas, además de algunos reconocidos nacionalistas españoles y antivascos irascibles: «A Prieto le conocemos todos, visto desde el ángulo vasco y del español, en lo que tiene de generoso, de nacionalista español, de demagogo y de orgulloso»³³.

A pesar de no ser la opción del lehendakari Aguirre, el objetivo más amplio de derrocar a Franco era posible, lo que suponía, además, la implicación internacional que siempre había anhelado. Ese cambio de estrategia comenzó en la segunda mitad de 1947 y alcanzó su punto álgido en el ya mencionado discurso de octubre, en el que Aguirre, a pesar de reafirmar la importancia de la república, dejó la puerta abierta a la constitución de un gobierno monárquico tras celebrar un plebiscito con la participación de las instituciones internacionales mencionadas en la Nota Tripartita.

Ciertamente, el lehendakari Aguirre era un gran estratega, y la solución monárquica, según explicó, no implicaba la disolución del Gobierno republicano, sino la constitución de un Gobierno interino, de transición, previo al restablecimiento de la democracia³⁴. Después de todo, el talante anticomunista de Prieto encontraría apoyo en Estados Unidos y Francia, y eso a su vez proporcionaría más opciones a los demócratas antifranquistas.

Como puede verse, el lehendakari Aguirre actuó con el objetivo de promover el reconocimiento internacional de la «causa española» recurriendo a las instituciones españolas, aunque eso no implicara una república en sí misma y, probablemente, involucrándose demasiado, lo que le acarreo problemas en el nacionalismo vasco. De todos modos, la política internacional no era fácil y, por otra parte, la intervención internacional que tanto deseaba no llegaba nunca.

En su mensaje navideño de diciembre de 1947, Aguirre comenzó a mostrar señales de desconfianza hacia la influencia y la voluntad de los organismos internacionales respecto a la democracia. En su discurso anual al pueblo vasco, el lehendakari recuerda y vuelve a exponer cómo el nacionalismo

vasco ha sido fiel a la paz y a la democracia desde que ambas fueron expulsadas de Euskadi a causa de la guerra civil española:

«Arrojados de la Patria, apoyamos a las fuerzas aliadas a partir de 1939 dentro de nuestros cortos medios en todas las partes del mundo donde existían vascos, mientras Franco prestaba ayuda a los submarinos alemanes, corrompía Sudamérica con su propaganda, ocupaba Tánger, enviaba la “División Azul” a los campos de la URSS, e insultaba jactanciosamente a las potencias democráticas»³⁵.

Aguirre quería creer en los organismos internacionales y aliados con los que había colaborado, pero, aunque intentó disimularlo, la Nota Tripartita le dejó un regusto muy amargo.

La Guerra Fría comenzaba a dividir el mundo en dos esferas diferentes, donde el comunismo era lo opuesto a las democracias occidentales, pero donde Estados totalitarios como el régimen franquista y algunos regímenes sudamericanos eran tolerados con el pretexto de frenar su avance: «(...) rechazamos el criminal dilema de “Franco o comunismo” por ser falso e “interesado”»³⁶.

El presidente vasco viajó por Sudamérica durante 1942³⁷ como una forma de colaborar con Estados Unidos para controlar la expansión del comunismo por aquellas tierras, y sabía que la tibia condena del régimen franquista por parte de la ONU en 1946, podría convertirse en una aceptación de la dictadura en aras a la concordia. El mundo estaba cansado de la guerra, y la estrategia de las potencias occidentales era estabilizar sociedades y gobiernos.

La necesidad de presentar la alternativa al franquismo como un movimiento organizado, democrático y unido fue la razón, en palabras de Aguirre, para estrechar lazos con todos los grupos de la resistencia democrática española en el exilio. Al fin y al cabo, la democracia y la voluntad de un pueblo democrático deberían dictar el regreso de todos los demócratas a España, sin excepción: «Al mismo pretendiente, Don Juan de Borbón, le reconocíamos en la locución antes recordada, su derecho a defender las banderas de la monarquía y sus pretensiones al trono de España para someterlas al pueblo, no para “imponerlas”»³⁸.

Aguirre se consideraba republicano, en el sentido de defensor de la república como sistema político³⁹—porque, para él, el futuro residía más en la vía republicana que en la restauración de la monarquía—, pero, sobre todo, el presidente Aguirre era un firme defensor de los intereses vascos, y un demócrata.

La calma necesaria para mostrar confianza ante los organismos internacionales y lograr la unión de las fuerzas democráticas podía provenir de esa extraña coalición de los socialistas y los monárquicos, pero no sería más que una táctica política para mantener bajo control la voluntad de los vascos. Probablemente por la falta de confianza en los monárquicos o en la propia monarquía, o quizás por el Plan Prieto —el único plan vigente desde 1946— y la Nota Tripartita, podemos ver que en sus documentos, discursos y cartas el optimismo natural del lehendakari había empezado a flaquear, aunque nunca abandonó su entusiasmo por regresar a un País Vasco democrático.

Pero no fueron el PNV y el Gobierno vasco las únicas intervenciones tácticas: el candidato Don Juan de Borbón también intentó negociar con Franco un posible regreso a España.

En 1947, el régimen de Franco convocó a un referéndum para aprobar la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado ⁴⁰, que convertiría al régimen en una monarquía *de iure*, ya que la ley establecía en su artículo primero que «España, como unidad política, es Estado católico, social y representativo que, de acuerdo con su tradición, se declara constituida en Reino» ⁴¹.

Sin embargo, la ejecución de este artículo estaba sujeta al cumplimiento del artículo segundo: «La Jefatura del Estado corresponde al Caudillo de España y de la Cruzada, Generalísimo de los ejércitos, don Francisco Franco Bahamonde» ⁴².

Franco pretendía conseguir cierto reconocimiento internacional presentando el referéndum como un rasgo democrático del régimen, al tiempo que designaba su figura como regente permanente legitimado por el referéndum y la ley.

Pero la Ley de Sucesión no fue un buen negocio para el candidato Don Juan, quien, a pesar de haber mantenido una reunión privada con Franco en su barco Azor en San Sebastián, había firmado un acuerdo con los socialistas-monárquicos en San Juan de Luz. El regreso del exilio parecía acercarse, no solo geográficamente, sino también políticamente, con especulaciones sobre la posibilidad de derrocar a Franco. Pero la frontera política y el régimen franquista aún eran lo suficientemente fuertes como para mantener a los demócratas antifranquistas en el exilio durante varias décadas, y Don Juan no sería la excepción. El Pacto de San Juan de Luz no era claro en cuanto al estatus jurídico del Gobierno de transición previo al establecimiento de la monarquía, e ignoraba deliberadamente tanto las nacionalidades históricas como los Estatutos de Autonomía. Ante estos condicionantes, el EBB no podía aceptar el acuerdo, por mucho que el sector monárquico estuviera cobrando importancia ⁴³.